

Comentarios**Hispanofilismo, sí**

Con entera propiedad, sin duda, ha sido llamado a Inglaterra, en el actual conflicto europeo, la moderna Cartago; bajo este título, exento de nobleza histórica, han querido igualar los procedimientos de la república de Elisar con los de la patria de sir Edwar-Grey, y a fe que el autor del símil, fundándose en maravillosas analogías, supo emplear a tiempo la lógica figura.

Las páginas de esa ciencia filosófica LA HISTORIA que apellidaba Cicerón «maestra de la vida», nos ofrecen, espontánea y sincera tal afirmación, invitándonos a deducir aquellas lógicas consecuencias que son, en este caso, corolario de un teorema expuesto así: Inglaterra, ómnia de Cartago, esclaviza a pueblos débiles, creyendo en la inviolabilidad de la raza inglesa.

Cartago, dice un brillante escritor, ha querido dejar escritas sus perfidias y sus astucias en el libro de la Historia, con la sangre de todas las razas: he ahí su pretérito, presente y futuro programa militar, opuesto, en todos los momentos, contra nobles enemigos. De ella, sin extremar censuras ni desvirtuar hechos calificados por una crítica serena, podemos decir que, condensando sentimientos de soberbia emanados de una fe indigna en su oro, ha escrito esa estrofa «we have the ships, we have the men, we have the money too», prestándole fiel realidad.

Vemos así que, al estallar los vendavales de la conflagración europea, invoca el humanismo, para terciar en el duelo, oponiendo su poder al poder germánico; pero ¿guerra, acaso, inspirada en espíritu de justicia? No, que esa palabra es vedada a la usurpadora de Chipre y Malta; que ese vocablo es un sarcasmo en labios del opresor de Irlanda; que ese grito es un tono negativo en el detentador de Gibraltar...; invocando el humanismo ¿son reclutas ingleses, separados de los campos de golf, foot-ball y cricket, los que integran sus legiones? ¿ostentase con asiduidad, en la orden del día, el arrojo del gentleman? ¿son numerosas las reservas de patrióticos, generosos voluntarios, inscritas en sus Registros?... ¡Ah! responde el oro inglés; no es prudente, ni preciso alterar el sibilismo de mis compatriotas, menos aun interrumpir su educación deportiva; deme aquí: los éxitos que coronaron mis pasadas actuaciones son, a no dudarlo, absoluta garantía para mi patrocinada; tenaz soy, soy potente; laboremos...; y frente a la estrategia alemana, el patriotismo alemán y la alemana ciencia, laboró sombriamente el oro británico...

Desplegando indignas aptitudes, en-

sanchó la periferia de la catástrofe, ensanchando, asimismo, el reino de las lágrimas; hizo colaboradores de su misión civilizadora a senegaleses, indios y cipayos; inspiró alianzas que son negaciones de deberes históricos; lanzó al ataque ejércitos mercenarios, desprovistos de fe en la justicia de su causa; pactó acuerdos que son prohibiciones a una demanda de paz por sus aliadas; equipó flotas imponentes, monstruos de hierro, que llevarán el trueno de sus disparos a las costas del Eiba y del Weser...

Todo estéril; la energía alemana se alzó sobre el maquiavelismo inglés, declaróse impotente el oro... y Albión, columbrando las sombras del abismo, escogió un nuevo, último, ineficaz elemento de victoria: el servicio militar obligatorio—¡arr de las libertades inglesas,—apareció en las Cámaras.

Nuestras generales simpatías por Alemania suponen otro tanto odio para Inglaterra: estas palabras de un ingeniero español son una excelente verdad; en ese sentimiento hostil que dictan, para dedicarlo al Mercurio de la Historia, aquellas páginas de la nuestra houradas por Liniers y Madariaga, Leza y Maldonado, Barceló, Gravina y Churrua, debemos ver sus descendientes un eficaz medio de regeneración.

Oreemos en el momento histórico de España: ¿quien no descubre en su situación geográfica la particular misión que está llamada a cumplir en el desarrollo del magnífico programa de la vida del mundo?; así pregunta el ilustre Lafuente, entreviendo un instante feliz que brinde al espíritu hispano nueva tierra de promisión, horizontes amplísimos, dignos del solar que rigió Fernando, el Católica Monarca.

No dudamos, no, de ese feliz instante; y porque aspiramos a legítimos prestigios, consecuencia de un más alto valor potencial, suscribimos el programa de política exterior que expuso, entre delirantes ovaciones, el acento caldeado de Mella, y cuya conclusión primera es así: Soberanía sobre las dos costas del Estrecho, como garantía de la independencia nacional y de la acción en Marruecos.

Soberanía absoluta y lógica; sin ella, puede creerse en una negación de amor patrio o en una mutilación de virilidades; si se acepta como nota de hispanofilia el rencor nacional a esa potencia que, detentando Gibraltar prohíbe el emplazamiento de cañones en sierra Arca, sierra Carbonera, los Adalides, San García y Punta Carnero, y hace girones, por ende, nuestra autonomía territorial, y abate nuestros derechos y niega nuestro porvenir, ¿por qué no formular, oportunos y conscientes, con los enemigos de nuestro enemigo, una

lealísima alianza que hiciera real la soberanía española y vigorizara la fortaleza espiritual de nuestros ideales?

Españoles de España: hagamos esta ferviente aspiración, primero y más loable artículo del credo nacional. Cuando la Cartago del siglo XX opone, a nuestro criterio geográfico el suyo, pretendiendo enmudecer la protesta con el fantasma de un huero navalismo, el menor destello de la razón impone una ruta precisa, un deber y levanta los velos de una aurora.

¡Surge el ambula!, tal es el imperativo que la Historia y la realidad, al unísono, dedican a la madre patria; levántate y anda, corazón hispano; rompe seculares ligaduras, sonrojate de pasadas tutelas, cobra ánimo, aquilata energías y, pronto para una labor fructífera, magna, que ornará de grandeza la paz, di a cada instante, confirmando tu fe: *¡España, España sobre todo!*...

Luis

Auras del Rhin

DAS VATERUNSER

(Puesto en verso para sus soldados, por el general von Behr, comandante de la brigada de infantería núm. 32.)

¡Oh, mi Dios de clemencia... a tu amparo voy cruzando el combate cruento; ni un cabello caerá de mi frente sin que Tú lo hayas antes dispuesto y diré en la batalla que rugo...
«¡Padre nuestro, que estás en los cielos!»

Si he pecado a tus ojos; si, ingrato, olvidé de tu ley el precepto, que a mi voz de perdón no se cierren tus ojos propicios al ruego, y germine tu gracia en mí... y sea «¡alabado tu nombre supremo!»

En la justa contienda en que ludo circundado de honor y de fuego, en Ti sólo estará la victoria y en Ti sólo gloria ponemos; Tú eres, sólo, la paz! y clamamos «¡vénganos a nosotros tu reino!»

Se nos va el pensamiento a la patria, al hogar y al amor de los nuestros, a los padres... también a la dulce prometeda de nuestros anhelos; pero tu voluntad... que se cumpla «¡lo mismo en la tierra que se hace en el cielo!»

No cosecha la mano hacendosa en los campos ópimos y llenos; sólo un día asoló lo que tanto trabajamos en años enteros; la miseria no llegue a nosotros... «¡danos Tú el cotidiano pan nuestro!»

Siempre fuiste benigno y piadoso y paciente, porque eres eterno; no desoigas la voz del que llama, no le recuerdes, Señor, nuestros yerros... celestial Padre nuestro... clemencia, «¡nuestras deudas, perdónanos luego!»

«¡Cómo luchan hermanos y hermanas!»

cómo encienden las iras el pecho; como aquél que era nuestro algún día enconado enemigo se ha vuelto; tu bondad denos fruto piadoso «¡como a nuestros deudores lo hacemos!»

No conoce el derecho la guerra, solo el fuerte legisla derechos, y atropella por duelos y llantos, nadie sabe qué es malo y qué es bueno! «¡su conciencia tendrán... no nos dejes! ¡sucumbir si tentados nos vemos!»

Sacrificios... qué grandes, que lágrimas, y aunque fuese por puertas de acero cual las penas al alma nos llegan, y cuan hondas nos hieren el pecho... pues que el alma te llame y te diga; «¡¡¡branos Tú del mal, Dios eterno!»

¡Oh, mi Dios de clemencia... a tu amparo voy cruzando el combate cruento; Tú mi estrella serás en la vida y lo mismo en la muerte... si muere «¡porque es tuyo el imperio y la gloria, el poder, la realeza y lo eterno!»
Amén.

T. G.

El ejemplo de Francia

Edmundo Texier, en su *Biographie des journalistes*, calificaba de exceso de humildad el que la misma Prensa se llamase a sí propia el tercer poder del Estado. No decía él;—a pesar de la Constitución, un solo poder funciona, «el serenísimo poder de la opinión, representada por los periódicos».

Esto que hace medio siglo, cuando escribía Texier, era una ironía, es hoy una verdad avasalladora.

Y pocos, a no ser ciegos de nacimiento, serán los que no se den cuenta de ese poder de la Prensa, que ejerce, como dice muy bien Sellés en su discurso *El periodismo*, pronunciado al ingresar en la Academia de la Lengua, su autoridad sobre el vulgo, alto y bajo, que acata sus informaciones por verdades, sus pareceres por sentencias, sus elogios por beatificaciones y sus censuras por penas irredimibles.

Poder de sugestión, que hizo exclamar a Drumont que los franceses no piensan ya más que por su periódico: *tienen el cerebro de papel*. Poder que ha convertido el *Magister dixit*, de los peripatéticos en el *así lo dice el periódico*.

Terrible poder que, en manos sectarias, ha socavado todos los órdenes sociales, y que es preciso que los católicos empleemos, multiplicando, hasta donde podamos, esa arma, que como la lanza de Aquiles, puede, a voluntad, producir heridas o curarlas.

«Leer y propagar la Buena Prensa—dice el Cardenal Amette—es ya sostenerla. Mas si acontece que en alguna ocasión os reclama liberalidades más abundantes, no las regatéis jamás, vosotros a cuantos Dios ha dado bienes de fortuna y el deseo de consagrar una parte de ellas a su gloria. Creed con toda seguridad, que ningún empleo po-